

El tiempo recobrado: Memoria de treinta años del CELA*

Raquel Sosa Elízaga**

Los primeros años

Enrique Valencia: Me incorporo al CELA en el año de 1968, cuando regreso de Colombia; pero el CELA había tenido una etapa anterior. Lo que a mí me parece importante destacar es que la fundación del CELA, tanto en sus inicios como en la etapa que comienza después en los años setenta, está ligada a un despertar enorme sobre lo que está sucediendo en América Latina; está ligada a los procesos de cambio que se generan en la segunda posguerra, donde aparentemente la subregión se iniciaba dentro de un proceso de desarrollo, de transformación de lo que habían sido las sociedades tradicionales. Es cuando se elabora toda una teorización sobre el desarrollo de América Latina, y se da por descontado que éste se realizaría dentro de un paradigma diseñado desde Estados Unidos.

Yo creo que es una época, independientemente de la certeza de esos paradigmas y de esas visiones teóricas, de un enorme dinamismo, de una enorme vitalidad. Sentimos de alguna manera que América Latina está entrando en el mundo de las naciones, un mundo distinto, nuevo. Y esto va a ser subrayado y confirmado, desde otra perspectiva, con el triunfo de la revolución cubana.

En América Latina suceden entonces hechos fundamentales, que permiten ver empírica y teóricamente lo que es la transformación de las sociedades, y esto produce un enorme estímulo; la gente se lanza con una gran avidez al estudio de América Latina. Ésta es la época en que se fundan las

más importantes instituciones para el estudio de la región: la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, por los años '58; el Instituto de Pesquisas Sociais en Brasil años antes, en fin. Hay un enorme intercambio de intelectuales e investigadores sociales de todos los países de América Latina, y creo que también es una etapa en que nos empezamos a conocer, en que podemos ver mejor qué está pasando en países que se colocan a la vanguardia de esta reflexión como Chile, con el ámbito que se crea alrededor de FLACSO.

En México, por supuesto, este problema produce los mismos efectos, y se inicia esta reflexión sobre América Latina con gente que de alguna manera ya se había articulado a ella. Yo mencionaría al propio González Casanova y a Rodolfo Stavenhagen, cuando inician sus estudios dentro de los temas teóricos de este momento (de la sociedad plural, del dualismo estructural, de los procesos de cambio, de modernización, etcétera).

En este periodo hay también un hecho importante, que es la renovación en los cuadros dirigentes de las ciencias sociales en América Latina. En el año de 1964 se realizó el 8o. Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología en Bogotá, del cual yo fui secretario, y fue precisamente allí que se produjo un cambio de los viejos cuadros de la sociología latinoamericana, muchos de ellos venidos de las escuelas de ciencias jurídicas. A la dirección de ALAS entran Orlando Fals Borda, Julio Cotler, Gino Germani, Aníbal Quijano, Silva Michelena, etcétera. Hasta ese momento era marcadísima la influencia del positivismo norteamericano. Y esa reunión es



*Conversación realizada el 29 de junio de 1990 con Sergio Bagó, Agustín Cueva, Clara Martínez, Lucio Oliver, Eduardo Ruiz, Irene Sánchez, Mario Salazar Valiente, Raquel Sosa y Enrique Valencia.

** La coordinación, transcripción y preparación de este trabajo corrió a cargo de la autora.

todavía un desfile de luminarias de la sociología norteamericana, como Talcott Parsons.

Cuando yo regreso en el '68, la orientación que se da a los estudios latinoamericanos en la Facultad tiene un marco institucional en la administración de González Pedrero. Se trata de una perspectiva francamente orientada hacia la teorización del desarrollo, pero la presencia de la revolución cubana empieza a introducir una serie de elementos críticos. Es decir, ese proceso de cambio ya no es un proceso tan tranquilo, tan sin sobresaltos, como se suponía que debía serlo dentro de esta visión positivista del tránsito de lo tradicional a lo moderno, sino que empieza el tema de la subversión, de la violencia, de la revolución, a entrar en esta temática.

En ese momento el CELA era un centro muy pequeño, de tres, cuatro o cinco personas; casi no había estudiantes, no tenía una existencia académica sustantiva. Es cuando la Escuela de Ciencias Sociales se transforma en Facultad, en la administración de González Pedrero, y estatutariamente eso quiere decir que a ella debían incorporarse la investigación y el posgrado. De hecho, el posgrado de Estudios Latinoamericanos se inicia en 1972, junto con los centros de investigación, paralelos a los departamentos, bajo la dirección de Víctor Flores Olea.

Me parece que en esta etapa que he reseñado había una unidad mucho más fuerte al interior de estas instituciones. La comunidad era mucho más homogénea, estaba mucho más ligada entre sí. No se había entrado en una contradicción ideológica, teórica y política como se va a dar posteriormente.

Cuando se produce el proceso del exilio sudamericano, después de la caída de Allende, se inicia la época más brillante del CELA, con la llegada de una gran cantidad de intelectuales e investigadores sociales. Me parece que en ese sentido el CELA se abre mucho más. No es solamente un centro de estudios de América Latina, sino un centro que va a plantear una serie de tesis y revisiones sobre la problemática de América Latina y se va a comprometer en los procesos y luchas que se libran en la región; entonces la atención se fija en él. Al interior mismo de la Facultad, es el momento en que el CELA adquiere su mayor prestigio, su mayor fuerza ideológica, organizativa, etcétera.

La organización interna del CELA funcionó a partir de mediados de los setenta sobre la base de un órgano dirigente que era la asamblea; de esa época son la creación de las áreas de trabajo, el trabajo colectivo, los seminarios, que tienen una gran vitalidad. Esa época le da al CELA una presencia y una autoridad académica, intelectual y moral en América Latina.

Quiero recordar, por último, que nuestra Facultad organizaba cursos de verano, otoño e invierno, que tenían un impacto y una resonancia enorme. El auditorio "Alfonso Caso" se llenaba. Se trajo a gran cantidad de intelectuales importantes. Recordemos

que es también el momento posterior al movimiento estudiantil de 1968, de manera que llegaron muchos intelectuales ligados a este movimiento, ligados a ciertos paradigmas teóricos que se difundieron entonces. Es una época muy brillante de la Facultad.

Agustín Cueva: Yo llegué la primera vez a México a finales del año '69 para el 9o. Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Y en ese momento culmina el proceso que se inició el año '64 en Bogotá. En aquel congreso estuvieron Sergio Bagú, Aníbal Quijano, Julio Cotler, Tomás Amadeo Vasconi, Silva Michelena, Florestán Fernández, Octavio Ianni, Ruy Mauro Marini, Theotonio Dos Santos, John Saxe-Fernández, Andre Gunder Frank. Pablo González Casanova fue el organizador y luego el presidente de la asociación. Allí ya estaba configurada una nueva corriente de tipo latinoamericano. Luego, efectivamente, yo volví para los cursos de verano, una o dos veces, entre '71 y '72.

El año '73 me incorporé al CELA. En los años setenta se consolida el CELA, digamos, en medio de la desgracia latinoamericana, porque tiene que ver con el gran éxodo de Chile después del golpe. Chile había sido el principal foco donde se reunían los latinoamericanos, y ese golpe supone un exilio hacia México. Ahí recuerdo especialmente que el propio Víctor Flores Olea va en avión a Panamá a traer a algunos compañeros, una etapa que vivió, por ejemplo, Eduardo Ruiz. A partir de allí, la consolidación del CELA se va ampliando con el concurso de todos los colegas que llegan de diferentes partes. Como los golpes se multiplican, por igual nos llega un exdirector de la Facultad de Economía de El Salvador, que alguien que estuvo trabajando en Chile, o que estuvo trabajando en Perú, etcétera. Hay una alimentación bastante grande.

Luego, hay una enorme receptividad en la Facultad. Yo recuerdo siempre, hacia mediados de los setenta, los auditorios absolutamente llenos, los estudiantes ávidos por saber lo que pasa en los diferentes países de América Latina, una gran latinoamericanización, diría, del ambiente intelectual mexicano. Porque hay la incorporación al CELA, pero también la incorporación a muchos niveles universitarios y a muchos medios de comunicación, sobre todo prensa, en aquel entonces.

Luego, la década de los setenta fue una década de auge económico de México, lo que también contribuye a que los encuentros internacionales que se hacen, incorporen a todas las figuras que uno quiera invitar en los diferentes campos y de las más diversas procedencias, desde los Estados Unidos, hasta de cualquier país europeo. Se produce también un auge de publicaciones, que van desde las de la propia Universidad, hasta las revistas de otras instituciones. *Cuadernos Políticos* sale por los años setenta y colabora en ella mucha gente ligada al CELA y a la Facultad; *Historia y Sociedad* reaparece en su segun-

da época; se publica también *Nueva Política*, revista del Fondo de Cultura Económica, cuyo primer número fue dedicado al fascismo. Había todo ese ambiente, las editoriales estaban en auge... Ese es el recuerdo que yo tengo de esa década.

Mario Salazar: Llegué a México en junio de 1973, a raíz de la ocupación militar de la Universidad de El Salvador. Tengo claro que encontré un grupo relativamente pequeño de investigadores —no había llegado aún el amplio grueso de intelectuales procedentes de Chile debido al golpe contra Allende—, pero que conformaban un ambiente fraterno y sí, realmente, de trabajo en equipo. La práctica de discutir semanalmente determinada temática expuesta por uno de los miembros en lo que llamábamos “los seminarios”, mantenía una estrecha vinculación de las tareas de todos y cada uno de los investigadores. Mis primeros contactos concretos fueron con Agustín Cueva, que desde un principio se comportó como el buen compañero y amigo que es. Su temprana amistad me ayudó mucho en mi inserción al medio intelectual de la Facultad y de México en general. Recuerdo también a Fernando Arauco, Severo Salles, nuestra querida compañera Lupita Acevedo, y otros tantos.

Recuerdo, por ejemplo, al Congreso Latinoamericano de Sociología que se llevó a cabo en San José de Costa Rica, en 1974. Para ese evento se acordó que Agustín elaborara un borrador de la que sería la ponencia colectiva del CELA, que se discutió y llevó al Congreso de ALAS como el aporte crítico, en mi opinión de alta calidad intelectual y mucha dignidad, de nuestro centro. Se trataba de una crítica a la teoría de la dependencia que provocó encendidas y muy fructíferas polémicas.

Eduardo Ruiz: Yo llegué por primera vez acá en el año '72, precisamente para un curso de otoño. Ese año se había hecho el 12o. Congreso de Sociología en Santiago, que inauguró Clodomiro Almeyda. Despertó un gran interés en toda América Latina por lo que estaba ocurriendo en Chile. Ahí comenzó la masificación y apertura de los congresos latinoamericanos de Sociología. Llegaban antropólogos, historiadores, economistas. Rebasó todas nuestras previsiones organizativas; llegaron cerca de mil personas.

Cuando yo vine a México a los cursos de otoño, no pude cumplir todo el programa; me tuve que regresar rápidamente a Santiago, porque se dio el paro patronal. Fue una de las formas previstas de desestabilización. Movilizamos todos los recursos universitarios en este proceso. Eran etapas bastante difíciles.

Recuerdo que la noche en que me despidieron, habíamos estado en casa de Enrique, y me hicieron la broma Arnaldo Córdova y él, de que en un año más estaría de regreso porque iba a haber un golpe

en mi país. Poco más de un año después estaba yo efectivamente acá, luego del golpe en Chile.

Yo creo que, en general, por lo menos en Chile, no existían institutos dedicados por definición a América Latina. Eran facultades o institutos de ciencias sociales, donde podían estudiarse problemas de América Latina, como cuestiones de carácter teórico, o alguna polémica que tuviera origen en Europa. Yo diría que éramos bastante localistas en los análisis que hacíamos en muchos países. De alguna manera también, muy absortos por los procesos que se estaban dando en aquella región, que eran bastante intensos y profundos. Nos llamó la atención la idea mexicana de identidad latinoamericana. Muchos de nosotros vinimos a vivir un proceso de latinoamericanización en México.

Esa experiencia tendría que ser analizada desde el punto de vista de las etapas por las que ha pasado la discusión y el análisis latinoamericano. En ese tiempo había ciertas identidades básicas, que nos permitían una suerte de comunicación. Las ciencias sociales se estaban desarrollando desde los sesenta. Cuando yo estudié Sociología, todos mis profesores habían sido formados en Europa o Estados Unidos. De hecho, no existía gente formada en mi propio país. Y en esos años comenzaba a superarse esa situación a partir de los procesos de desarrollo político latinoamericano.

Tengo la impresión de que esa fue una década muy creativa en las ciencias sociales latinoamericanas, con una búsqueda propia de derroteros de interpretación de lo regional, recogiendo lo externo pero creando. Yo marcaría una gran diferencia entre esa época y ahora, que hay una gran orfandad de las ciencias sociales latinoamericanas en términos de su propio enjuiciamiento de lo que se está haciendo o interpretando en cualquier otra parte.

Hay algo que nos permite esa comunicación que se viene a plasmar en México, que es el hecho de que en gran medida, el punto de partida de la indagación teórica en las ciencias sociales latinoamericanas tiene como origen la historia popular y los procesos políticos que se están dando en función de un desarrollo que tiene como actor muy importante a los pueblos latinoamericanos. Mucho de la necesidad de interpretación o investigación arranca a partir de eso, aunque se pueda dar en términos muy plurales. Hay un contingente muy grande en las ciencias sociales latinoamericanas involucrado en esa perspectiva. Ahí hay elementos muy importantes que contribuyen a nuestra identificación y comunicación, lo que se facilita con nuestro reencuentro en México.

Raquel Sosa: Quisiera hacer aquí un salto generacional, pasar de la experiencia que tuvieron ustedes con profesores a la que tuvimos nosotros como estudiantes, como gente que nos estábamos formando en ese periodo. Yo ingresé al CELA en octubre de 1973. Yo diría que a nivel universitario,

nosotros estábamos viviendo una crisis en el movimiento estudiantil, en el movimiento sindical. Entramos a la Universidad en una época de descenso. Cuando en Chile se discutían los problemas de la Unidad Popular, en México teníamos una situación bastante crítica en el movimiento universitario. La llegada de ustedes y la posibilidad de formación de un espacio académico en el CELA significó para nosotros la apertura de un horizonte muy importante. Era la época de comienzos del gobierno de Echeverría, en que una gran cantidad de profesores de ciencias políticas pasó al gobierno y algunos de los dirigentes del movimiento estudiantil seguían presos: salieron en esos años de la cárcel, golpeados, desorganizados. Y entonces para nosotros, el ambiente latinoamericano que se creó en la Facultad tuvo un gran significado.

Al revés de lo que comentaba Eduardo, de que sus profesores fueron formados en Europa y en los Estados Unidos, para nosotros, las mejores opciones de formación académica fueron nuestros profesores latinoamericanos. Me llama la atención la comunicación que tuvimos: mientras que para ustedes tenía una historia previa, nosotros nos involucramos en ella con gran naturalidad, pero sin tener una experiencia de trabajo académico anterior. Sólo mucho tiempo después valoramos a profundidad lo que significa pertenecer a una comunidad académica, a un centro de trabajo en el cual la mayor parte de sus miembros tiene un principio de una identidad, una motivación de trabajo académico que no es solamente el conocimiento por sí mismo, sino de identidad ideológica, política, etcétera, y en el que se constituye un núcleo integrado.

Esa experiencia fue definitiva y nos generó una simpatía latinoamericana y una posibilidad de formación en un ámbito que no ha sido común a otros estudiantes en América Latina. El CELA fue realmente un centro irradiador, no solamente para estudiantes mexicanos, sino para estudiantes latinoamericanos que llegaron de otras partes y se identificaron con él.

Lucio Oliver: Yo recuerdo con mucho cariño esa etapa. Entré a trabajar al CELA en '74, como asistente de René Zavaleta. Eduardo Ruiz manifestaba entonces mucha preocupación porque muchos de quienes entraban en una carrera académica a la Facultad, tendían a tomarla como trampolín político para puestos gubernamentales. El se preguntaba si podría consolidarse esta generación nuestra, que estaba entrando en el CELA. De los compañeros con los que conviví en esa etapa, la mayoría se quedó en la carrera académica. Esto tiene que ver con que tuvimos la oportunidad de relacionarnos con ese núcleo de exiliados y latinoamericanistas que nos arraigó.

Había una corriente subterránea entre los ayudantes de investigación, que teníamos una estrecha convivencia, compartíamos los mismos problemas, el

mismo entusiasmo por los eventos y los análisis latinoamericanos. Recuerdo a Sergio Vega y Pilar Calvo, ya fallecidos, que formaban parte de este núcleo de ayudantes; a Raquel, Lilia Bermúdez, Teresa Castro, Alfonso López, Marga Millán y Gabriel Sánchez. Recuerdo que cada uno de nosotros estaba vinculado con personalidades distintas. Yo estaba vinculado con Zavaleta, después trabajó con nosotros Raquel; Pilar era asistente de Agustín; Marga y Gabriel, de Cayetano Llobet; Sergio, de John Saxe.

Nuestra vinculación con los profesores exiliados que venían a latinoamericanizar al CELA y a la Facultad, a darle un contenido nuevo, fue muy fuerte, especial, y no creo que se pueda repetir un proceso de formación de latinoamericanistas en México como ése. Por otra parte, traían experiencias y concepciones que nosotros no habíamos podido adquirir en México. Había una distancia muy grande entre lo que había sido su vivencia, tanto política como académica, y lo que era nuestra formación. Nosotros estábamos casi vírgenes en ese sentido, y sin embargo, de repente nos vimos en discusiones sobre tremendos problemas teóricos y políticos que nunca hubiéramos imaginado, y entre nosotros como ayudantes nos refugiábamos para comentar no sólo nuestra ignorancia, sino lo que suscitaba ese estar vinculados con gente que había vivido cosas según nuestro punto de vista de mucho alcance político, que nos generaba mucha tensión. Y eso produjo la necesidad de unirnos para apoyarnos en ese proceso de aprendizaje que era difícil, y que tal vez nuestros profesores no entendían. Se produjo entonces un fenómeno muy extraño: de pronto comenzamos a compartir lenguajes, ideas sin una experiencia previa, lo que era al mismo tiempo artificial y profundo. Fue cuando logramos una asimilación de las grandes tendencias imperantes en el análisis sobre la región y pudimos conocer la historia, la teoría y la política que elaboraban en distintos países del subcontinente.

Reforzamos ese vínculo con el posgrado de Sociología y de Estudios Latinoamericanos, con compañeros de nuestra generación que venían de Centro o Sudamérica, lo que nos hizo latinoamericanistas, y al mismo tiempo nos dio horizontes para continuar nuestro proceso de formación. La respuesta a la pregunta que se hacía Eduardo en ese periodo es que nuestra generación sí arraigó en la carrera académica y aún hoy se expresa como una generación viva en el CELA, pero también vivencialmente: nos ha permitido sentirnos latinoamericanos en nuestra vida diaria.

Sergio Bagú: Para muchos de los latinoamericanos que llegamos a México hace quince años o más había ya un pasado latinoamericano en otros países del continente. La misma historia de los congresos latinoamericanos de Sociología ya había tenido etapas marcadas e importantes. El congreso de '69, que

recordó Agustín, por ejemplo, señala el ocaso del estructural-funcionalismo y el comienzo del predominio del análisis marxista, no como forma única de enfocar los problemas del continente, sino como una actitud teórica que tuvo una proyección importante a partir de ese momento.

De los que llegamos entre el '72 y el '75 y nos incorporamos a Estudios Latinoamericanos, algunos venían de dos centros que tenían ya una proyección latinoamericanista muy importante: Santiago de Chile y Montevideo. De éste vino Carlos Quijano, una figura realmente fundamental en esta reflexión desde la Segunda Guerra Mundial en adelante, y que participó del CELA en esta etapa. Santiago de Chile, hasta poco antes de la caída de Salvador Allende, se había transformado en un centro de creación de ideas latinoamericanas que tenía una importancia muy grande.

La incorporación mía al CELA se produjo en noviembre de 1974. Recuerdo que en ese momento había cierta cantidad de alumnos de posgrado que no habían presentado su tesis todavía, y si la memoria no me traiciona, estuve presente como sinodal en el primer examen de maestría a principios de 1975, de una alumna argentina, Silvia Rivera.

Sintetizando toda esta experiencia, yo diría que el CELA adquirió con bastante rapidez, del momento que alcanza mi memoria, una magnitud continental, y como instituto de investigación, un cuerpo de investigadores numeroso y muy creativo. Yo lo comparo con institutos de investigación en otras partes del mundo: Estado Unidos, Francia, Inglaterra, y realmente el CELA fue adquiriendo una personalidad de verdadero volumen internacional.

De entonces hasta acá, lo que me toca como testigo, diría que el CELA ha producido una cantidad realmente notable de trabajos escritos, entre los cuales hay trabajos de calidad también notables. De modo que creo que el CELA puede reconocerse a sí mismo como un foco de creación, de análisis y de ideas respetable. Diría que mucho de lo que se produjo aquí es de buena calidad y perdura. De la mayor parte del trabajo realizado queda constancia escrita. El CELA ha sido bastante productivo. Yo creo que, desde hace ya varios años, el CELA es el instituto de investigación sobre temática latinoamericana más importante de América Latina.

No quiero dejar de recordar el otro instituto de investigación latinoamericana, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que tiene su antigüedad y su importancia, pero que ha trabajado y sigue trabajando sobre una temática un poco diferente de la nuestra, predominantemente historia de ideas, historia de la filosofía y literatura, mientras que nosotros trabajamos predominantemente sobre una temática social, política y económica hasta cierto punto. La temática más propiamente económica, también con proyección latinoamericana, se ha

hecho en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Por su parte, el análisis sociológico se ha hecho en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. La verdad es que si equipáramos estos cuatro institutos de la UNAM, nos encontramos con un elenco que yo llamaría formidable. No hay ninguna universidad, creo yo, ni en América Latina, ni en Estados Unidos ni en Europa, que se pueda comparar a la capacidad de análisis latinoamericano y de creación de ideas proyectadas sobre América Latina, como el caso de la Universidad Nacional Autónoma de México, hasta este momento.

En lo que a nosotros nos corresponde ahora, el CELA, después de decir estas palabras de elogio, tendríamos que entrar en un terreno autocrítico. Hay algunas tendencias en el CELA que ha sido difícil vencer. Una de ellas es un trabajo con tintes individualistas, a pesar de que el CELA funciona como conjunto de investigaciones. Poco intercambio entre los autores de trabajos. Tres o cuatro o cinco intentos fallidos por crear una comunidad de investigación más activa, y un intercambio de información y de ideas. En descargo del CELA, diría que este problema es permanente en todos los institutos de investigación de temas sociales que yo he conocido, en América Latina, Estados Unidos y Europa.

En el CELA todos nos conocemos, somos amigos y sabemos en qué trabaja el vecino. Lo que no hemos podido lograr es un verdadero trabajo en equipo, salvo en algunas ocasiones, como la serie de seminarios que hicimos este año, que fue bastante interesante, o en la preparación de la revista, de las jornadas, etcétera. A mí me parece que por allí hay que seguir trabajando todavía bastante.

Yo señalaría también que necesitamos tener una respuesta más rápida frente a la problemática mundial, reubicarnos con mayor rapidez frente a los problemas que se originan en el orden mundial y que se proyectan sobre América Latina de una manera bastante intensa, rápida y profunda. Voy a colocar el caso de las transformaciones radicales que se están operando en Europa del Este, en realidad en toda Europa y en Estados Unidos, que están creando condiciones internacionales radicalmente nuevas, frente a las cuales vamos a tener que actuar y reaccionar en plazos muy cortos. Yo veo la necesidad urgente de analizar esta problemática como conjunto de investigadores, porque nos va a afectar de manera directa y rápida sobre cada uno de los temas en los cuales estamos trabajando todos nosotros. Pero además, tenemos que volver a intentos que en el pasado han sido fallidos, de trabajo más colectivo, de intercambio más activo con la gente que trabaja en los otros institutos de investigación, dentro y fuera de la UNAM, como en el caso de FLACSO México, que tiene su propia importancia.

Agustín Cueva: Yo estoy de acuerdo con la limitación que señaló Sergio sobre el trabajo bastante

individual y hasta individualista. Yo creo que eso fue la otra cara de la moneda de un centro que en determinado momento tiene un impulso con investigadores ya formados, quienes de alguna manera han dejado a sus propios equipos fuera. Es difícil integrarse de nuevo como equipo. Más todavía en una ciudad como México donde la demanda sobre cada uno de nosotros es una presión muy grande.

En los años setenta, por las razones que ya vimos, porque proliferan revistas, encuentros, periódicos, etcétera, y en los años ochenta, porque comienzan a volverse la mayor parte de latinoamericanos y vamos quedando pocos, sobre los cuales se incrementa esa demanda. Yo pienso que se ve también cómo las áreas que lograron integrarse (Centroamérica, Caribe, etcétera) lo hicieron con académicos de otra generación, más joven, que ya se forma en equipo y además puede hacerlo de otra manera.

Mario Salazar: Es válida la autocrítica que más de uno de los compañeros ha vertido en cuanto a la pérdida de tradición del trabajo en grupo y a la pérdida relativa de los nexos directos entre todos y cada uno de los miembros actuales del CELA. Ciertamente no se discuten en el CELA los avances o trabajos de cada uno de los investigadores, lo cual pienso que no es difícil volver a llevar a la práctica.

Por otra parte, está claro en mi mente el clima espiritual del CELA y de la Facultad en esos años setenta. Libertad intelectual plena de expresión de las ideas, un gran interés por los problemas de Latinoamérica, escenario del denominado "fascismo de la dependencia", por la denominada Revolución Militar del Perú, por el asalto de las hordas castrenses a las centrales de las sociedades en el Sur. Y en la segunda mitad de la década el ascenso de las luchas populares en Centroamérica. En el fondo, como espejo, la gloriosa e inmaculada en ese entonces Revolución Cubana.

El clima de trabajo era favorable al marxismo. Recuerdo, por ejemplo, que a raíz del congreso de ALAS del '74 la teoría marxista emergió como multifacético modo dominante de producción intelectual en el CELA y en toda la Facultad. La docencia misma, desde la formación básica, estaba permeada fuertemente por el materialismo histórico. Tal vez, y lo digo en sentido autocrítico, ya desde fines de los setenta y a lo largo de los primeros años ochenta, hizo falta el filo crítico de un marxismo riguroso en relación a los países socialistas. Pienso que esta doble hermenéutica del análisis marxista: riguroso en tanto se trataba del capitalismo, comenzando por el imperialismo, y complaciente en relación a los países denominados socialistas o en transición al socialismo, debe constituir el embrión de una seria crítica y autocrítica que debe realizar el CELA.

Por otra parte, yo vi surgir al área de Centroamérica. Si no estoy equivocado, la primera

vez que se trabaja en la Facultad en un seminario sobre Centroamérica fue en el año '74, cuando el doctor López Cámara, jefe de la División de Estudios Superiores, me pidió colaboración en tal sentido. Por cierto, uno de los alumnos era el actual vicepresidente de Nicaragua, Virgilio Godoy.

Más tarde llegan otros compañeros: Rafael Menjivar, Ernesto Richter, y se interesan por las cuestiones de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, etcétera, y otros compañeros mexicanos, entre ellos Berenice Ramírez. Pienso que si no fue óptima la labor realizada bajo la coordinación de Menjivar y Richter, sí se realizó trabajo de valor. Es esa la época en que CONACYT prestó su apoyo a un proyecto de investigación sobre Centroamérica. Debo decir, además, que las áreas no trabajaban como islas. Y así, con el trabajo del área de análisis estratégico, con Cavalla, Gregorio Selser, Lilia Bermúdez, Lucrecia Lozano, Raúl Benítez y otros, se alimentaba nuestra área, en un perenne contacto dialéctico que parece haberse perdido.

Irene Sánchez: A mí me tocó una generación en la que culminó toda una etapa, pero a la vez asimiló la formación de los discípulos de los profesores latinoamericanos. Yo fui, por ejemplo, alumna de Eduardo y Agustín, pero también de Lucrecia, a quien ellos formaron.

Mi experiencia fue muy solitaria. Viví cambios en la Universidad, donde la masificación impedía el contacto directo con los investigadores —en una clase con Agustín o Ruy Mauro había más de cien estudiantes. Mi aprendizaje fue en el plano del docente hacia el alumno, y no como en el caso de Lucio y Raquel, un aprendizaje directo en el plano de la investigación. Yo entré al CELA en el año '83, cuando todo el trabajo colectivo se había roto. Miembros del área regresaron a sus países, se fueron a otros institutos, etcétera.

De la generación mía, sólo yo me interesé por los estudios latinoamericanos, lo que es bastante deprimente. Detrás de la generación mía existen muy pocas posibilidades de una renovación de gente que se quiera dedicar a este trabajo. El área de América Latina en la licenciatura decayó también, y es difícil encontrar quien se interese por esta problemática. Es raro juntar un grupo de doce estudiantes que quieran estudiar, por ejemplo, Centroamérica.

Sin embargo, yo podría platicar lo que fue la etapa inicial del área centroamericana en el CELA, que creo ha sido una de las etapas más ricas. Muchos de los trabajos que se produjeron allí los discutí o los conocí a través de sus autores. Es muy interesante ver cómo estos trabajos seguían las líneas del proceso centroamericano. Hacia 1979 y 1980 había una enorme necesidad de conocer qué había provocado la revolución sandinista, la historia de la región centroamericana, de cada uno de sus países; de construir o reconstruir categorías económicas

(oligarquía, Estados oligárquicos). Y el trabajo del área se orientó en esa dirección. Muchas de las publicaciones que se hicieron entonces respondieron a la necesidad de globalizar y conceptualizar algo que no había sido estudiado de manera sistemática. Pero también me parece que la llegada a México de los intelectuales sudamericanos es diferente a la de los centroamericanos. Creo que estos últimos, algunos menos conocidos, pero con su propia tradición (Edelberto Torres Rivas, Mario Lungo, Ernesto Richter, Rafael Menjívar) se involucraron en un plano de igualdad con la nueva generación de investigadores mexicanos. Ambos comenzaron a querer comprender la región bajo una visión propia y distinta al trabajo anterior que habían realizado. Y así, cuando los centroamericanos se van, los mexicanos que se quedan interesados en esa región asumen no sólo un objeto de estudio, sino también un compromiso importante.

Cuando yo ingresé al CELA, se recoge esa experiencia, pero empieza un trabajo individual. Desde la segunda mitad de la década de los ochenta, nos especializamos en un país, o dentro de un país, en una temática. Por ejemplo, Raúl Benítez, trabajaba sobre El Salvador, pero fundamentalmente en la guerra; yo también en El Salvador, pero sobre todo el movimiento revolucionario; Mario Salazar interesado más bien en el Estado, la estructura de clases, etcétera. Parcializamos nuestros intereses por las necesidades propias de la región centroamericana.

Como planteó Mario, hubo y hay también una gran liga con el área de análisis estratégico. Esta área aportó la perspectiva de la influencia externa sobre la región centroamericana. De allí salieron estudios importantes, como la sistematización de la nueva estrategia norteamericana hacia la región, que permitió integrar la visión nacional, regional y de la presencia norteamericana en los cambios que ocurren en Centroamérica. Estos elementos requerirían ahora de una integración más completa. Toda esa etapa de parcialización debemos superarla ahora.

Recogiendo lo que plantea don Sergio, en términos críticos, diría que si los aportes han podido ser colectivizados, ello ha ocurrido fundamentalmente por una relación bilateral: con Jorge Turner, con Gregorio Selsler, con Mario Salazar, con Lilia o Lucrecia, pero no en un trabajo propiamente colectivo. Y hemos conversado sobre esta necesidad, pero ahora es más difícil en la medida en que los investigadores desarrollan intereses que rebasan los ámbitos del CELA, aún conservando su preocupación por la región.

Avances y retrocesos en la década de los ochenta

Eduardo Ruiz: Después de la coordinación del CELA yo pasé a Sociología, hasta el año '82. Esa fue la época masiva, con más de 2 000 alumnos, y todo un sistema de conflictos. El CELA fue entonces coordinado por

José Ma. Calderón y Rafael Menjívar. Yo creo que debemos relacionar su desarrollo con el contexto de la Facultad. Hay esfuerzo y una realidad que tiene que ver con el grado de madurez intelectual y académica de los miembros del CELA, pero también con un contexto en la Facultad que lo permitía, lo apoyaba, y hasta lo impulsaba.

En los ochenta se empiezan a vivir situaciones críticas en la Facultad. No intentaré un análisis de porqué ocurre esto, pero pierden perfil proyectos académicos, pierden diseño claro. Hay confrontaciones duras, administraciones que se suceden sin cumplir sus periodos. Hoy todo un proceso cambiante, difícil, complicado, como para mantener las condiciones y el ambiente anterior. La adaptación de la gente a esas condiciones va generando formas individuales de ubicación. Se va perdiendo un poco ese sentido colectivo.

Toda esta crisis que vive América Latina, de un gran proyecto contrarrevolucionario que empieza en los setenta, produce un gran impacto en las ciencias sociales en la región. Creo que sólo ahora vislumbramos de nuevo ciertas temáticas fundamentales para el análisis general de la región: cuestiones relativas a la crisis económica, de los sistemas políticos, de la lucha democrática, o de las aparentemente novedosas corrientes teóricas de América Latina. Pero pasan años en que las búsquedas son absolutamente individuales, tratando de encontrar el meollo de la crisis latinoamericana, o lo que se ha llamado la "década perdida".

Vale la pena también hacer un alcance sobre las posibilidades institucionales de las ciencias sociales. Debemos referirnos a las experiencias de América del Sur, donde se destruyen las instituciones académicas y aparece la ciencia social privada. Se trata de formas de subsistencia sobre la base de financiamiento de fundaciones que responden a determinadas orientaciones ideológicas y políticas. Resulta que la incomunicación entre los investigadores se acentúa. Cada proyecto es una mercancía que se negocia en un mercado financiero. A nadie le interesa la mercancía que maneja el de al lado. Cada uno subsiste como puede. Si tiene mayor imaginación y mejores contactos para vender un proyecto, gana más, subsiste mejor, tiene estabilidad. Eso se vive en varios de nuestros países.

Tenemos que rescatar la academia en México y defenderla a muerte. Hay que defenderla como sea, no hay que permitir que se destruya. Porque yo conozco la experiencia donde esto ha desaparecido. Esa incomunicación es mucho mayor, no hay verdadero desarrollo del análisis, porque lo que se hace es un microanálisis vendible. Yo le tengo mucho respeto a muchos compañeros que han tenido que vivir así, por el imperio de las necesidades. Pero si acá la cuestión académica se va pauperizando demasiado, se va transformando en algo

desinteresado del análisis social de América Latina, se puede llegar a situaciones de este tipo y esto es realmente perder algo que no se recuperará en una generación. Sobre eso hay que tener plena conciencia, y particularmente, las generaciones más jóvenes.

Enrique Valencia: Quisiera señalar algunos detalles de contexto que ayudan a ver esta crisis de los años ochenta. El CELA se convirtió en un gran foco de atracción y su influencia inclusive fuera de la Facultad y de la Universidad fue muy grande. En ese sentido, tuvo un crecimiento rapidísimo y desbordado. Creo que llegó a una dimensión demasiado grande para poderlo coordinar. Esa atracción estaba justificada por el nivel académico, sus personalidades y el trabajo de orden democrático, colectivo, etcétera, que garantizaban una libertad personal de trabajo. Pero ese elemento incide en la producción de la crisis. Fuimos víctimas del propio crecimiento y desarrollo cualitativo del CELA.

Yo quisiera también colocar otro elemento, que es el plan de estudios del '76, sobre todo en Sociología. Responde fundamentalmente a los intereses y a las aspiraciones de los estudiantes, pero en esa misma perspectiva en muy esquemático. Contempla la formación del estudiante en fases que supuestamente corresponden a una realización teórico-práctica de las ciencias sociales. Se aceptan los estudios básicos, luego el área especial que sería la materia misma de la carrera y luego las opciones vocacionales, que podían haber tenido la función de una fase terminal de profesionalización. Las opciones, sin embargo, se convirtieron en áreas aisladas, fragmentadas, que tenían más que ver con una visión particular de quienes apoyaban y auspiciaban un área que con un proceso formativo. Y con la ilusión de los estudiantes de enlazar allí la teoría con la práctica. A mi modo de ver la Facultad no tuvo la voluntad política para darle base organizativa a estas opciones.

Finalmente, quisiera agregar otro elemento. A finales de los años setenta, se quiebra el modelo de desarrollo nacional; la sucesión de Echeverría se da en un marco de rectificaciones contra el discurso populista; y se incuban los primeros gérmenes del proyecto neoliberal. La ilusión petrolera no rompe con eso; por el contrario, le da cuerpo. El auge no hace que el proyecto retorne a sus fuentes populares y revolucionarias, sino que plantea el problema de la modernización. Este movimiento impacta al CELA y a la UNAM: en la caída de los salarios, por ejemplo. En la Universidad se establece una superestructura administrativista, con una proliferación brutal de la burocracia, de tal manera que lo que fueron los elementos básicos de una comunidad académica se van atomizando.

Yo diría que también hay una crisis en el sentido político en la UNAM. El proyecto de la izquierda en las universidades se encuentra con obstáculos y propuestas francamente reaccionarias. Es el momen-

to de la crisis de Guerrero, Sinaloa, Puebla, y luego de la UNAM. Las polarizaciones internas producidas en las universidades, cuando llega la crisis general, no pueden resolverse.

En cierto sentido, la restauración democrática que se inicia en los ochenta, a mi modo de ver también incide para hacer más tenues las relaciones de un conjunto de intelectuales que trabajamos sobre América Latina. La restauración obliga a revisar planteamientos anteriores, y cada investigador se concentra más en su propio caso. Es una preocupación legítima sobre qué va a pasar en cada país. Y este elemento lleva a perder el marco más general, tal vez con la excepción de Centroamérica, debido a las condiciones especiales de la región.

Irene Sánchez: Quizá, para completar algunas ideas sobre lo que han sido los estudios centroamericanos en el CELA, quisiera agregar que en un principio tratamos de contestarnos quiénes somos; después qué estamos haciendo, y ahora, qué nos pasó y qué haremos en adelante. Las dos primeras preguntas nos llevaron a una cierta dispersión necesaria, pero las últimas cuestiones nos obligan a reformular una visión más integral. Y esto ocurre con otros grupos de trabajo en el CELA. Hemos realizado ya algunos esfuerzos en ese sentido, y creo que la década de los noventa se caracterizará, a diferencia de las anteriores, por la incertidumbre de hacia dónde queremos llegar. Lo que ha ocurrido nos ha llevado a dudar de lo necesario y posible, del punto de llegada de nuestros esfuerzos. Es difícil decir hacia dónde vamos y cuál es el rumbo, pero creo que si la década pasada es una década de destrucciones, también lo es de construcciones. Hemos hecho el inventario de lo destruido; ahora nos falta reconocer qué es lo que podemos construir y cómo vamos a hacerlo.

Lucio Oliver: Quiero retomar comentarios sobre la dinámica de trabajo del centro y sus vicisitudes. El CELA logró un punto máximo de producción a finales de los setenta y principios de los ochenta. Logramos no sólo un trabajo colectivo en áreas de investigación y asambleas, sino de integración política, de toma de decisiones colectivas. Y, como decía Eduardo, ahí comenzó a producirse un deterioro de ese proceso por una agudización de conflictos, falta de continuidad de la dirección de la Facultad, por un crecimiento desorbitado del CELA que tuvo causas que nos superaban. Hubo una falta de apoyo a los estudios latinoamericanos a nivel nacional, universitario y en la propia conducción de la Facultad. Eso dejaba crecer los conflictos. Se terminó estatutariamente con la categoría de ayudantes de investigación, no ingresaron nuevas generaciones de futuros latinoamericanistas, se desintegró el trabajo colectivo. Aún en su punto máximo, cuando llegamos a desarrollar grandes líneas de trabajo en lo histórico, político y coyuntural, nos resultaba insuficiente lo que

teníamos. Ahora incluso ese nivel nos hace falta. Logramos conformar un consejo académico que elaboraba una política de investigación, y ahora tampoco lo tenemos. Creo que estamos en muchos sentidos detrás de los puntos a los que llegamos. Esta situación también se explica por otras causas: el retorno de muchos exiliados latinoamericanos, el deterioro de los procesos de formación, de los salarios, del apoyo a eventos, revistas, etcétera, desarmaron los logros de los años setenta.

Creo que otro elemento que dificulta la canalización de la actividad de investigación es la forma de vinculación de los miembros del CELA con la docencia. Estamos involucrados dentro de la Facultad en cursos de múltiples temas, con cargas muy grandes de trabajo docente, y eso nos impide muchas veces llegar a la profundidad que quisiéramos en el trabajo de investigación y en las experiencias colectivas. Por otra parte, tampoco se le ha reconocido al CELA la posibilidad de diseñar una política de investigación, como se hace con los institutos. Esto impide que tenga capacidad de realizar proyectos a largo plazo, estimular programas, etcétera.

Por lo mismo, creo que la década de los ochenta ha sido de resistencia al deterioro y a las tendencias contrarias al desarrollo de los estudios latinoamericanos. En otra perspectiva, me parece sorprendente y valiosa esa capacidad de resistencia. Tenemos vínculos muy importantes que nos han permitido resistir en condiciones adversas. Con el deterioro de salarios, la falta de recursos, si no tuviéramos el arraigo que tenemos, el CELA podría haber quedado reducido a la nada. Me parece que en la década de los noventa, tenemos que hacer uso de nuestra experiencia para salir adelante, y mejorar nuestras condiciones y capacidad de trabajo.

Agustín Cueva: Me parece que a principios de los ochenta el CELA toca su peor momento de crisis, que ésa todavía no es la crisis económica del país, reflejada en la universidad, sino el coletazo de la prosperidad de los setenta, en que la Facultad se llena de alumnos, el posgrado llega a tener quinientos estudiantes, y el CELA se convierte en el centro más grande de la Facultad (llegamos a casi cien miembros) y la productividad per cápita del centro cayó a su nivel más bajo, también los cuadernos del CELA desaparecen. Esa crisis es muy seria.

Después comienza a superarse la crisis cuando se articula el proyecto centroamericano, del Caribe, del área estratégica, etcétera. Se inaugura una etapa nuevamente ascendente, aunque ya las condiciones de México son adversas. Yo tengo la impresión de que el CELA sobrevivió de manera más o menos decorosa a pesar de su crisis interna en los años ochenta, porque en los años anteriores se había incrustado en una trama internacional que de alguna manera le sirvió de soporte. En ella hubo una continuidad, de la que es expresiva el área centroamericana, que se

insertó en el proceso de esa región. Lo mismo ocurrió con el área del Caribe, que publica una revista considerada como la mejor de habla española en la región.

El desafío de los años noventa

Agustín Cueva: A mediados de los ochenta, el CELA se reorganiza internamente, vuelve a incrementarse la productividad y logramos insertarnos en el debate teórico y general de América Latina. Ahora creo que tenemos el desafío de la época de los noventa, que es múltiple: entender las condiciones cambiantes; lo que algunos celebran como el fin de la historia o el fin del socialismo y lo que algunos han llamado el fin de América Latina; el hundimiento de los países socialistas de Europa del Este (sobre el cual creo que no debemos engañarnos), los cambios de la Unión Soviética, la persistencia del socialismo en China, en Vietnam, en Cuba, y la crisis de América Latina. Pero nuestro principal problema, y creo que no debemos olvidarlo, es la crisis, el fracaso del capitalismo en América Latina.

Yo creo que además hay un espacio para el CELA —por razones que James Petras planteó con brusquedad y han herido algunas susceptibilidades— que otros centros no pueden tocar. Me refiero a la privatización de las ciencias sociales, a cierto espíritu acomodaticio, y no lo digo yo, sino que lo dijo Elliot Abrams, quien celebró el haber acabado con gran parte de la intelectualidad crítica en América Latina. Ante ese panorama, van quedando esferas como la de una universidad estatal (la nuestra es la más grande de América Latina), más una tradición que hemos ganado y conservado limpiamente, para ver lo que América Latina puede hacer a fines de milenio.

Sergio Bagú: Creo que hay que acentuar también la tarea docente que realiza el CELA. La temática latinoamericana en la licenciatura y el posgrado ha estado en gran parte a cargo del CELA. En particular, el posgrado de Estudios Latinoamericanos ha tenido una presencia mayoritaria de otros profesores y estudiantes de la región. El hecho de que gran parte de profesores del posgrado ha sido miembro del CELA agrega una función realmente importante entre las cumplidas por el CELA.

Agustín Cueva: No debíamos olvidar tampoco la enorme acogida que hemos tenido y seguimos teniendo en muchísimas instituciones fuera de la UNAM, donde trabajamos. La demanda de colaboración para centros afines e instancias diversas, la acogida en la prensa. Estos requerimientos de servicios de miembros del CELA son muchos más de lo que podemos ofrecer en este momento. Y eso en los peores momentos de crisis.

Y espero no equivocarme, pero creo que en estos meses se toma conciencia —a pesar del Tratado de Libre Comercio, apertura al Pacífico, etcétera— de

que el área latinoamericana tiene que reintegrarse y volver a tener una voz y un peso en el mundo.

Raquel Sosa: Quisiera enfatizar el tema de la reevaluación de América Latina como región. Durante muchos años, todos estos años de la década perdida, la situación nos llevó a la necesidad de hacer análisis de caso, subregionales. Y de pronto ahora, la crisis de América Latina, la situación de los países del Este, la formación de la unidad europea, la apertura de la Cuenca del Pacífico, nos obligan a buscar respuestas como región.

Recuerdo que a finales de los años setenta teníamos mucha dificultad, por ejemplo, en incorporar análisis de países fuera de las áreas que tenían más posibilidad de difusión. Los estudios latinoamericanos de los setenta eran en mucho estudios sobre Chile, Brasil, Argentina, y posteriormente de Centroamérica. Poco hablábamos del Perú, de Ecuador, de Bolivia, etcétera. Creo que lo que ha pasado en estos años nos abre muchas posibilidades de estudio de la región en un sentido más integral. Hemos ido redescubriendo, me parece, problemáticas, identidades, comunidades en América Latina que hacía mucho tiempo que no habíamos puesto en cuestión. Y creo que esa temática nos jala ahora como perspectiva y necesidad. Me parece significativo que volvamos a hablar de América Latina como conjunto a fines del siglo XX, y quiero decir que soy más optimista que Agustín, y creo que las revoluciones que ocurren en el mundo pueden tener un desarrollo inmediatamente difícil de comprender; que nos aparece a los latinoamericanos como muy crítico en la medida en que se nos plantea como ideal algo por lo que nosotros hemos pasado con gran desastre —el mercado, las transnacionales, la inversión extranjera. Pero que hay en ellas un afán de democracia, de revolución política, de cambio social muy profundo, que empata en mucho con la situación latinoamericana, y que tenemos posibilidad de recuperar a partir de nuestra propia experiencia. Nosotros ahora tenemos condiciones para reconocer que, a treinta años del CELA, y mucho más de estudio de América Latina, nuestra región tiene mucho que aportar en la teoría, en el estudio histórico y social de la región, e incluso a nivel mundial.

Enrique Valencia: Quisiera decir también que el haber adoptado y decidido como inquietud e interés de nuestra vida académica e intelectual el estudio de América Latina tiene un profundo sentido sentimental. Creo que deberíamos decir "nuestra casa", refiriéndonos a América Latina. Nos ha ido muy mal en todos estos años de la década perdida en nuestras universidades, nuestro centro, nuestros pueblos, pero debemos mantener ese sentimiento profundo, necesario, de ser latinoamericanos.

Mario Salazar: Pienso que el XXX Aniversario del CELA debe motivar un esfuerzo por revivir aquellas tradiciones del trabajo de grupo: discutir los trabajos

de los miembros del centro, y quizás establecer de nuevo aquel seminario interno en el que con absoluta libertad cada miembro llevaba a la discusión y al debate su exposición sobre una temática determinada.

Por último, expuse que en los setenta y primeros años de los ochenta la teoría marxista parecía la lengua común de trabajo del CELA. Valdría la pena el esfuerzo por confrontarnos en la actualidad para saber cómo andamos en cuanto a instrumental teórico y metodológico, todos y cada uno de los que conformamos el Centro.

Eduardo Ruiz: Creo que empezamos la década de los noventa con grandes desafíos. Lo decía ya don Sergio en términos de que tenemos que tratar de entender lo que está pasando en el mundo y cómo gravita en el contexto latinoamericano, en qué medida lo que aparece como una lucha democrática en general no se constituye sino en una defensa de un tipo de capitalismo, y en qué medida sectores fundamentales en las decisiones latinoamericanas se incorporan en ese proceso abandonando el tercermundismo. Creo que empiezan a redefinirse una cantidad de cosas. Apparently se asocia la lucha por la democracia con una defensa del capitalismo. Sin embargo, yo tengo confianza en que se recuperarán las luchas propias de las contradicciones a que da origen el propio capitalismo. Dentro de América Latina, creo que tenemos que recuperar esto, y hacer un esfuerzo muy grande por desentrañar el meollo de los procesos fundamentales que estamos viviendo. Se han dado situaciones cruciales y tendríamos que estar en condiciones de revelar las tendencias fundamentales de lo que puede ocurrir a fin de siglo en términos de modificación de sistemas políticos, de las relaciones económicas, de la participación y de los movimientos.

Coincido con Agustín en que nuestra situación institucional es un marco que favorece la posibilidad de ese trabajo. En otras condiciones creo que sería difícil que se produjeran intercambios, comunicaciones, diálogos constructivos y acumulativos del conocimiento, la elaboración de hipótesis, etcétera.

Lucio Oliver: Creo que el CELA tiene grandes líneas de trabajo para esta década, más claramente determinadas por lo que Agustín llama el fracaso del capitalismo, que yo veo como la necesidad de modificaciones profundas a raíz de los cambios económicos y políticos mundiales. Creo que éste es el gran reto. La economía latinoamericana cada vez pesa menos en el mundo, y es imposible quedarse pasivo ante ese hecho. El CELA podría trabajar en las propuestas de opciones económicas y políticas nuevas, proyectos creativos de desarrollo popular que le permitan enfrentar ese fracaso. Va quedando terreno a la imaginación fértil de los socialistas latinoamericanos; tal vez es el único lugar en que esto ocurre. Y creo que América Latina puede contribuir

a la creación de un nuevo proyecto en el contexto mundial renovado.

Eduardo Ruiz: Creo que hay una diferencia cualitativa, en términos de los tipos de lenguaje que han aparecido en América Latina desde mediados de los ochenta. Suele hablarse de la región en términos metafísicos. Si leemos sobre los nuevos modelos de desarrollo, no se mencionan actores. Si se habla de la deuda, tampoco se dice cómo se llegó a constituir esa deuda, a quiénes benefició, quiénes usufructuaron la conversión de deuda privada en pública, etcétera. En este momento hay cantidad de trabajos sobre América Latina que no hablan de actores sociales concretos, como en los sesenta, que se hablaba de las clases, estratos, etcétera, de los distintos tipos de intereses que jugaban en el conflicto.

La llamada ciencia social renovada, o la izquierda renovada en las ciencias sociales, ha eliminado a los actores. América Latina vive una crisis, pero ¿quién se la echó al bolsillo? Tenemos que volver a eso, a

llamar las cosas por su nombre, y llamar a las nuevas formas de explotación como tales. Hago este comentario porque es impresionante cómo una publicación reciente, el último informe de la CEPAL, no se compromete a mencionar actores. Créo que para hacer un análisis de lo que ocurre en América Latina, hay que estar dispuesto a comprometerse con los actores de la región. Nuestro reto es muy grande, pero también significa empezar a retomar el camino de llamar las cosas por su nombre, y que la polémica se dé en esos términos.

Enrique Valencia: Creo que de todo esto debiera salir un programa para el CELA, en el sentido de que tendríamos que emprender una tarea que tuviera dos condiciones: una macrovisión de los fundamentales procesos por los que pasa América Latina, y un trabajo colectivo. Si queremos mantener la inserción y el reconocimiento de lo que ha hecho el CELA, debiéramos poder retomar una bandera y un puesto en esta batalla por nuestra casa.